

DE *IMPASSES*, ABISMOS Y PUENTES POR TENDER. EL FEMINISMO SEGÚN LINDA ZERILLI

À. Lorena Fuster

Centro de Cultura Contemporània de Barcelona - CCCB

ABOUT *IMPASSES*, ABYSSES AND BRIDGES TO BUILD. FEMINISM ACCORDING TO LINDA ZERILLI

DOI: 10.17450/170222

Si hay libros que merecen ser celebrados de manera especial por su doble capacidad de aclarar las coordenadas del debate, trazando mapas detallados y, a la vez, de lanzar propuestas iluminadoras tanto para la teoría como la praxis, *El feminismo y el abismo de la libertad*¹, de Linda Zerilli, se encuentra en esta categoría. El gesto de su autora, profesora de Ciencias Políticas de la Universidad de Chicago, además, merece ser celebrado, quizás *in crescendo*: opta, contra toda una tendencia de endogamia académica favorecedora de abismos, por no dejar fuera de la escena a interlocutoras del feminismo no

1. L. Zerilli, *El feminismo y el abismo de la libertad*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2008.

anglófono, valorando en el centro de la escena mismas experiencias y teorizaciones que, muy a menudo, quedan relegadas a los márgenes.

De *impasses*, abismos y puentes por tender se conforman, pues, las ambiciosas geografías de este volumen. Toman la forma de un mapa imprescindible para perseguir un tesoro perdido, el del feminismo, que no es otro que aquel que, según Hannah Arendt –principal referente teórico de la autora–, fulguró en las revoluciones modernas para desaparecer de nuevo: la libertad política. Para ello Zerilli despliega una gran riqueza de pensamiento con un cuidado extremo en su interpretación y en su crítica con la intención de no ocultar ni un ápice de la luz que el pensamiento feminista –entre otros, el pensamiento de Judith Butler, Monique Wittig, el Colectivo de la Librería delle Donne de Milán– y algunos de los más ex-céntricos entre los filósofos contemporáneos –junto a una afinadísima Arendt, hallamos a Ludwig Wittgenstein, Cornelius Castoriadis y también François Lyotard– pueden arrojar para diagnosticar el presente del feminismo al tiempo que contribuir a sacarlo de su encallamiento visible en la desorientación improductiva de las prácticas y en una sofisticación machacona de las teorías.

Zerilli no duda de que hay que aprovechar todas estas perspectivas a la hora de repensar unas contradicciones, tensiones y paradojas que no solo caracterizan la “turbulenta” política feminista, que ha reproducido prejuicios propios de la tradición política occidental, sino que son los hitos de toda política que quiera para sí el adjetivo de “democrática”. Ambas se juegan su dignidad.

Si, como señalaba Françoise Collin, el gran reto del feminismo del siglo XX fue el acceso al espacio público, Zerilli pretende resituar, con una sensibilidad muy afín a la de la pensadora belga –aunque parece no conocerla–, el sentido práctico y teórico de esta exigencia. Comienza por señalar una especie de torpor al que nos han conducido las derivas del que fue el feminismo radical de los años setenta, para advertirnos que la promesa ínsita que originó a través del tiempo ese movimiento no era la zona espinosa pero más o menos confortable de la identidad y los logros sociales, sino el sostenernos sobre ese abismo de indeterminación que su título anuncia como un desafío. Tras el título, hay un ejercicio ejemplar de relectura desarrollado a lo largo de los cinco capítulos, de interpretación juiciosa de textos y contextos que se confrontan con la libertad desfundamentada.

Así, ante la coyuntura de una sobredeterminación de los debates y de una especie de agotamiento o crisis del poder desestabilizador del feminismo, la autora cuestiona en principio la insistencia de las feministas en perseguir dos cuestiones: la del sujeto y la de la transformación social; o más bien, diríamos, la trabazón de estas dos cuestiones: el

encuadramiento marcadamente identitario de la cuestión social y la reflexión sobre el sujeto femenino desde un encuadre social. Zerilli, provista del bisturí arendtiano para distinciones, procederá a desarticular esa trabazón a fin de rescatar y crear espacios de pensamiento que imputen dicha configuración paradigmática desde el interior del mismo feminismo. Algo urgente no solo en la teoría, sino también en la práctica, ya que esta incapacidad de desplazar el foco de la polémica y preguntarse qué está orientando nuestras prácticas cotidianas es, a su entender, la otra cara de nuestra incapacidad de imaginar y poner en acto nuevas formas de práctica política que excedan el marco, necesario pero insuficiente, de la reivindicación de derechos. Lo es porque, incluso a su pesar y habiendo denunciado la trampa, el feminismo ha acabado por hacer dependientes las prácticas de las teorías. De ahí la inclinación de la pensadora, siguiendo al llamado “segundo Wittgenstein”, a *no pensar sino mirar*, concediendo primacía a las prácticas y al discurso ordinario, que vistos desde el anhelo de generalidad propio de la filosofía siempre parecen tener una racionalidad deficitaria. De ahí también que destaque teorías y personajes conceptuales como los creados por Wittig y Butler que, aún centradas en el tema del sujeto y del sistema sexo-género, enfatizan en los aspectos performativos y los cortocircuitos que provocan respecto de la identidad, manifestando su falta de fundamentación. O que analice las políticas de la diferencia sexual del Colectivo de Milán como experiencia significativa de prácticas de la relación entre mujeres que cuestionan y transforman el mundo.

Este punto de partida marca un distanciamiento crítico evidente en la posición escéptica que toma Zerilli respecto a dos formas de pesimismo y optimismo característicos de nuestros tiempos. Por un lado, se desmarca de las voces que enuncian como desastre el derrumbe posmoderno de la categoría “mujeres” y subrayan las consecuencias más nihilistas para la práctica a la vez que reivindican la necesidad de un sujeto fuerte que fundamente sustancialmente la lucha de políticas públicas de igualdad y reconocimiento. Pero a la vez, toma distancia de las numerosas voces que anuncian con insistencia y con un peligroso tono optimista el fin del feminismo. Lo decretan como si se hubiera alcanzado su objetivo o como si su implementación total solo se pudiera solucionar a corto plazo. De hecho, es el mismo sentido común alimentado por las lógicas que convierten todos los momentos y los agentes en medios para alcanzar un fin, el que canta la caducidad del movimiento de las mujeres. Con el mismo talante crítico, Zerilli nos advierte que la mayoría de dualidades que continúan estructurando el aparato conceptual del feminismo incluso a estas alturas (igualdad vs. diferencia, reconocimiento vs. redistribución, etc.) son el resultado de los encuadres ligados a la problemática del

sujeto y de lo social, que tienen su raíz común en el paradigma utilitarista y adjudicatario que caracteriza la política e impide que la pensemos como el ámbito de la libertad. También la demanda de derechos debería ser sometida al criterio de si sirven para promocionar o no esta libertad que, sin haber desaparecido del horizonte del pensamiento y de las diversas prácticas feministas, ha sido reconfigurada en el seno de los debates sobre la política identitaria como libertad de las restricciones normativas de subjetivación. Así, cuestionando los paradigmas epistemológicos que justifican las diversas definiciones de la libertad –aquellas que continúan estando varadas en la soberanía o en argumentos sobre la justicia social y el utilitarismo–, Zerilli apuesta por evidenciar los costes que tiene la cuestión social para la libertad misma. La cuestión social es definida por la autora como la herencia política conflictiva del feminismo contemporáneo o casi, diríamos, como una especie de caballo de Troya para toda la configuración de la política democrática radical.

Aquí también encontramos la razón por la que Zerilli ataca el fundacionalismo epistemológico de este paradigma regido por la lógica medios-fines. Los mismos prejuicios que impiden pensar la política como acción libre, creativa e imaginativa determinan el exceso de importancia que tiene el conocimiento para la política feminista: hay que conocer bien las condiciones para elegir de manera correcta las estrategias. No obstante, lo que sucede entre quienes actúan en el espacio público, enfatiza la autora, siempre escapa a las restricciones de la verdad, concebida como adecuación de la descripción a la situación descrita, sea esta la opresión de las mujeres o la de un pueblo. Convencida de la importancia de la tarea de encontrar ejemplos perturbadores donde la exigencia de la libertad política descalabre lo que ha venido contaminando las políticas democráticas, apuesta por poner al descubierto la inexistencia de fundamentos prepolíticos anteriores a la emergencia de un “nosotras” en el que puede resultar más importante el establecimiento de relaciones no simétricas con mujeres a las que les concedemos autoridad, que el reconocimiento de derechos que sigue las simetrías de la igualdad y a menudo resulta en asimilación.

En ese particular ejercicio de juicio y de elección de compañías que sustenta el libro, Zerilli va desgranando su búsqueda de posiciones no subsumibles en tomas de partido teóricas, las cuales, en vez de seguir indagando en las paradojas que han acompañado desde siempre la teoría feminista, las clausuran en atrincheramientos duales. La audaz y compleja batería de argumentos propios y ajenos que va colocando –acompañada de magistrales notas al pie analíticas– se pone al servicio de la defensa de un sentido y un paradigma de comprensión que parece haber sucumbido bajo la preocupación de

las feministas de la segunda y tercera ola en beneficio de cuestiones que se encuentran directamente implicadas en la reapropiación feminista de una esfera pública de tradición androcéntrica, pero que desvían el blanco por el que muchas mujeres se pusieron en movimiento.

Hacer productiva la herencia de Arendt, quien “no tuvo nada (bueno) que decir sobre el feminismo”² para repensar su aparato categorial, es un gesto compartido con otras teóricas feministas, como la propia Françoise Collin, Hanna F. Pitkin, Bonnie Honig, Seyla Benhabib, Fina Birulés, Adriana Cavarero, Neus Campillo o Cristina Sánchez. Zerilli se compromete en primera persona a conseguir abrir un diálogo entre el feminismo y la tradición de la teoría democrática (en la que inscribe a esta teórica de la política de difícil clasificación). Algunas de las principales tesis de Arendt sobre la artificialidad del espacio de la política, la pluralidad con la que se define la condición natal humana cuando aparece en este escenario, el poder inaugural de la libertad y de la asociación políticas, la co-implicación de la existencia de la libertad y el mundo, el rol central del juicio político y la imaginación para el reconocimiento y la promoción de este mundo que nos acomuna y nos separa... son presentadas por Zerilli como contrapunto tenso que da forma a los diversos pasajes que nos conducen hacia una redefinición del sentido de la práctica política feminista. Es la teoría arendtiana la que enmarca ese sesgo interpretativo con el que Zerilli se compromete en primera persona. Así, en vez de empañarse en la pregunta por el sujeto del feminismo o concederle un estatuto resultante de las luchas históricas por la liberación de la opresión, Zerilli desplaza la cuestión hacia la manera en que el “nosotros” del feminismo es pensable “como una frágil ganancia de las prácticas de libertad”. Por lo tanto, la comunalidad de las mujeres se juega en la epifanía de un nosotros artificial y no objetivable antes de sus sucesivas apariciones y emergencias imprevisibles e incontrolables, siempre en constante juego de determinación-indeterminación, que no acepta la lógica de la representación y, en cambio, acepta verse suspendido en el abismo de la libertad donde reina el riesgo de la contingencia. Y es tal la radicalidad y la potencialidad que Zerilli vislumbra en los planteamientos onto-políticos de Arendt que no duda en criticarla cuando considera que la propia autora no está a la altura de lo que promete, cuando, por ejemplo, se revela incapaz de pensar la imaginación política con toda la carga creativa que implica esta facultad.

Aventurarnos hacia el abismo de creatividad es el envite principal de este libro no apto para el resumen. Nos acerca al salto desde diversos flancos simultáneamente y

2. L. Zerilli, *El feminismo y el abismo de la libertad*, p. 75.

a través de diversos niveles, algunos de los cuales son: atreverse a salir de una configuración del feminismo que, consciente o no, al hacer primar la teoría a la hora de definir *quiénes* son las mujeres, repite la estructuración jerarquizante de la filosofía que Arendt denunció. Intentar resituar el lugar de las preguntas y las respuestas en las prácticas políticas de acción, relación con las otras, juicio y transformación del mundo común. No se trata por ello, ni mucho menos, de convertir en superflua la teoría, sino de atreverse a crear discurso desde la tensión o el contrabando constante entre teoría y práctica, renunciando a la seguridad de la concepción de la teoría como guía necesaria y certera de la acción. Despertarse también, esta vez con Wittgenstein, del prejuicio cognitivista que pone al conocimiento de lo que hacemos como condición necesaria de la racionalidad y el sentido de una acción. Atreverse a la locura de actuar sin saber y sin regla, que es como en verdad se actúa. Adentrarse en la perplejidad resultante de pensar lo político como praxis de la libertad más allá o más acá de la transformación social y liberado de la lógica de medios-fines propia de esta esfera. Penetrar a su vez en la comprensión de una libertad no identificable con la soberanía individual ni colectiva que constituye la razón de ser de lo político y concebirla no como una cualidad de un sujeto más o menos moribundo o más o menos posmoderno, sino de ese mundo que, estando fuera de los individuos, *entre* ellos, los pone en relación como plurales e inaugurales. Osar dejar decir a ese nosotros, sobre todo a ese *nosotras*, *quiénes son* a través de sus negociaciones con lo heredado y con sus haceres y decires inéditos, sin apresarlas de antemano en una identidad esencialista bien sea natural biológica o construida socialmente. Dejar(se) ser en el espacio público algo más que identidades o diferencias que resultan del juego de lo identitario, dejarse diferir creativamente, para poner en circulación nuevos significados que crearán nuevas relaciones impredecibles.

En definitiva, Zerilli nos quiere poner ante un abismo sobre el que pende tanto nuestro *ser a la intemperie*, en palabras de Castoriadis, como nuestros contextos enraizados en sólidas mitologías –contingentes, como el género, pero tan sólidamente normativos como este. Al descubrir la defundamentación y la no necesidad podríamos embriagarnos de ligereza, sacudirnos cargas metafísicas y adoptar una olímpica posición escéptica. Y sin embargo, se trata más bien de lo contrario, más bien se llama a asumir de veras la responsabilidad de la ruptura y la renovación. La responsabilidad de decir y hacer, de actualizar una libertad femenina concretada en “una práctica creativa y colectiva de construcción-de-mundo, de carácter fundamentalmente inaugural, que establece relaciones irreductiblemente contingentes y políticamente significativas entre

las mujeres en tanto seres sexuados que de otro modo no tendrían relación alguna, más allá del lugar que ocupan en la economía masculina del intercambio”³. Imbricada en estas iniciativas la palabra “mujeres” habría de resonar una y otra vez de manera inédita, y con ella nuestro mundo en transformación, para que quienes la escuchen no puedan dar su significado por descontado y, con este, también el inapropiable significado de la palabra “feminismo”.

3. L. Zerilli, *El feminismo y el abismo de la libertad*, p. 189.